

## EL CRISTIANISMO COMO FUENTE DE CULTURA HUMANA

Cardenal Joachim MEISNER  
Arzobispo de Colonia, Alemania

### Dios se hizo hombre

La temática se deduce del misterio cristiano de la Encarnación. Por el hecho de que Dios en Jesucristo se ha hecho hombre, de ahí que servir a Dios cristianamente debe encarnarse en los sentimientos y costumbres humanos. Es decir, debe convertirse en costumbre. El culto cristiano, encierra en sí mismo una dinámica que lo hace visible y experimentable incluso en la cultura. No es sin motivo que etimológicamente «cultura» se deduce de «cultus». Como la segunda persona divina se ha manifestado en Jesucristo de forma sensible, en la naturaleza humana, en un ser humano concreto, lo cual significa que se ha hecho visible, que se puede escuchar y tocar, de la misma forma en el cristianismo toda la interioridad se debe manifestar exteriormente y todo lo exterior debe también ser expresión de una realidad interna y se debe sostener por ella. La presencia extensiva de la Iglesia en el mundo debe ser realizada y sostenida por su presencia intensiva. Sólo en este caso la Iglesia corresponde al misterio de Cristo que es verdadero Dios y verdadero hombre. Y únicamente de este modo la Iglesia es «creadora de cultura». La «des-sensibilización al Evangelio», de forma particular en Europa, es una de las razones principales de la «des-culturización» de Europa. San Juan escribe en su primera carta: *«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, ... nosotros lo anunciamos también a vosotros»* (1 Jn 1,1).

El orden de la creación está dirigido al orden de la salvación, es decir, a la Encarnación de Dios, así la materia se puede convertir en el material para la epifanía de Dios que se refleja en la cultura. Es casi sacramento, signo exterior para una realidad de fondo que habita en él y que primeramente no es visible. San Pablo testimonió este hecho en la carta a los Romanos cuando escribe: *«Lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad»* (Rom 1,20). El hombre siempre ha estado tentado a despojar la cultura separando ambas realidades, de tal manera que «deshumaniza» a Dios hecho hombre como un Dios fuera del mundo, relegándolo al cielo; o, por el contrario, haciendo que la tierra y el hombre sean absolutizadas, así que la tierra viene casi «des-divinizada», en el sentido de que viene separada de Dios, como San Pablo nos dice en la carta a los Romanos, asumiendo el papel de un Dios sustituto. Como demuestra la experiencia europea, un Dios fuera del mundo tiene como resultado un mundo sin Dios; y viceversa, un mundo fuera de Dios produce para los hombres un Dios sin mundo. Inmediatamente el Evangelio deja de ser creador de cultura; si es verdad que permanece levadura, no viene mezclado con la harina; porque,

aún cuando permanece como sal, no penetra más y tiene un olor diferente, porque se mantiene bajo llave.

### **La imagen de Cristo sin mundo**

Para el cristiano es una tentación permanente «desencarnar» a Cristo y «des-culturalizar» el culto, «des-materializar» el Verbo hecho carne, con el pretexto de que haciendo así, se da honor y gloria a Dios de manera perfecta. Una tal Iglesia se contentaría con una liturgia «sólo para el cerebro» y dejaría la formación del mundo a él mismo o a otros. Esta conducta tiene como consecuencia un cristianismo idealizado que no toma en serio al mundo, pero que tampoco tiene necesidad de tomarlo en serio porque no tiene ya una fuerza cultural formativa.

San Pablo, en las cartas a los Corintios, define a la Iglesia como el Cuerpo de Cristo. Cristo es llamado la Cabeza de la Iglesia, mientras la Iglesia representa el Cuerpo de Cristo con sus múltiples miembros. En consecuencia, un cristianismo sin Iglesia sería como un Cristo sin cuerpo, un Cristo sin manos y sin pies. A nivel cultural, esto se manifestaría en Europa exactamente en el hecho de que no existieran más ni catedrales, ni iglesias, ni pinturas, ni esculturas, ni poesía cristiana, etc. Representémonos con nuestra imaginación, por ejemplo, los paisajes de nuestras ciudades sin las torres y las cúpulas de las iglesias, que se alzan hacia el cielo. Nuestras ciudades y nuestras aldeas serían sólo un montón de habitaciones humanas, pero no tendrían un rostro, un perfil, un esplendor humano. Un cristianismo sin Iglesia sería una contradicción con el orden concreto de la salvación que Dios ha escogido para la salvación del mundo. San Agustín, por ejemplo, antes de su conversión, era un representante típico de este cristianismo idealizado. Para él, como intelectual, el Evangelio era una filosofía muy estimada. Pero la Iglesia le parecía una cosa vulgar, ordinaria, que él ha tomado en consideración solamente con un cierto malestar.

Sin embargo el cristianismo no significa éxtasis, sino encarnación, no idealización, sino inculturación, no éxodo de este mundo, sino ingreso en el mundo. En la primera carta de San Juan (4,2-3) se dice expresamente: *«Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios».*

### **La imagen del mundo sin Dios**

En un mundo y en una sociedad, donde no es posible la trascendencia porque el cielo ha sido abolido, donde no existe el «trascender», el «retirarse», por tanto, está programado. En un mundo de esta clase no se desarrolla «cultura» sino «sub-cultura». Quienes se retiran (por ejemplo, en el mundo de la droga) se crean su ambiente cultural específico, que no merece propiamente este nombre. Cuando desaparece el cielo, también el mundo es muy reducido. Pero

el hombre no se deja reducir a una existencia limitada. El hombre tiene necesidad de altura; más aún, tiene necesidad del «Más Alto». Tiene necesidad de horizontes, tiene necesidad del cielo. La tierra sin cielo, por lo tanto.

La agricultura, por ejemplo, es sustituida por el ambiente contaminado. El hombre comienza a calmar su hambre de eternidad con los bienes de este mundo. Haciéndolo así, consume sus propios recursos; sin embargo, de este modo tampoco se sacia. El problema ecológico en último análisis es un problema teológico. La pérdida del «Cultus divinus» tiene como consecuencia la pérdida de la «Agricultura». La breve fórmula bíblica para una cultura cristiana es: «*Como en el cielo, así en la tierra*». Se debe volver a dar el cielo en la tierra y Dios en el hombre. Porque, sin Dios, el hombre no se entiende a sí mismo e inmediatamente debe de hecho alienarse por sí mismo.

La tesis atea de Feuerbach sobre el hombre y el mito de Nietzsche del «Super-Hombre» son, en último término, un testimonio y una confirmación para el cristianismo. Cuando el hombre descubre su divinidad, lo puede hacer sólo porque Dios le ha revelado su propia humanidad. Como un espejo no puede reflejar un objeto inexistente, de la misma manera la persona humana, con su sed de absoluto y de infinito, sería inexplicable sin un arquetipo absoluto e infinito. A la cultura le falta también su fuente. Porque de la conciencia, que frecuentemente no reflexiona, de su proveniencia de Dios le brota la actividad y la creación cultural.

Por una parte, el ser humano es el «hombre de las cosas», una cosa frágil, porque es mortal, entre la multiplicidad de las cosas de este mundo y por tanto sometido a las leyes físicas del mundo. Pero por otro lado, es una persona inmortal, en gran parte exonerada de los desarrollos inmanentes. Y al mismo tiempo es un ser corporal que en su naturaleza es plenamente dependiente de muchos condicionamientos, y es un ser espiritual que en su espíritu no está sometido absolutamente a ninguna condición. Precisamente en esto se basa su posibilidad de hacer que la naturaleza llegue a ser cultura.

En esta estructura, formada por Dios y divino-humana, de su persona, el hombre descubre la representación de Dios, aún más: descubre la presencia real del trascendente y una fuerza creadora que de ninguna manera es «natural». De ahí, que la tentación de ser Dios da testimonio de la dignidad divina del hombre en su origen. Esto se verifica en la penumbra cultural de la así llamada «modernidad postcristiana».

La Encarnación de Dios perfecciona la creación de Dios. Por esto, la Navidad es llamada por los Padres de la Iglesia «el octavo día de la creación», día que es igualmente el nacimiento de toda cultura cristiana. Desde entonces, el mundo no es solamente «material», es también y siempre lo será signo y velo que indica y cubre lo divino.

## **El hombre como microcosmos**

La Encarnación de Dios quiere continuar en el hombre. La fe cristiana quiere llegar a ser idéntica en la situación particular de los hombres. Teóricamente no existe una diferencia entre esta fe y la vida concreta que ella llena. No queda nada que sea exclusivamente fe. Todo es al mismo tiempo vida. Hasta el final de nuestra vida durará la lucha por esta fe integral y sin límites. Esta fe sostiene la vida. Al resultado lo llamamos cultura.

Es significativo que los potentados comunistas de otro tiempo en la Alemania del Este siempre pretendieron que el nivel cultural más alto de las regiones católicas fuera el resultado de su política cultural socialista. Los paisajes más cuidados de las ciudades y de las aldeas, la cultura de vida de los hombres más alta, con menos divorcios y abortos, debería ser expresión de los principios socialistas. En realidad esta «Cultura cristiana» ha sido la consecuencia del «Cultus divinus». Por el hecho de que en estas regiones católicamente formadas era santificado el domingo, el sábado se hacía la limpieza de las calles y de las plazas públicas. El ir a la iglesia el domingo motivó en los hombres el baño del sábado y una higiene corporal particular. Evidentemente, los cristianos católicos cambiaban el vestido de trabajo por el vestido del domingo. Y sabemos: «El vestido hace a la persona». Las procesiones anuales eran motivo para que los dueños de las casas, pusieran en orden las fachadas, de tal manera que ha sido el servicio divino, el que le ha dado rostro diferente al paisaje de las ciudades y aldeas. Aún más, en Alemania podemos constatar una degradación de la cultura de las exequias desde el Norte hasta el Sur. Así, por ejemplo, en el Norte de Alemania los funerales anónimos son una norma, mientras que hacia el Sur, que ha sido mucho más formado católicamente, una rica cultura de las exequias es todavía más o menos natural.

La unidad de la fe y la vida se fundamenta en el mismo mensaje del Evangelio. El Verbo se hizo hombre; aún más, mundo. El mandato del Evangelio no es retirarnos de nuestro mundo contemporáneo, sino ir al interior de este mundo. El Verbo se ha hecho carne, pero también permaneció hombre. No es que se haya absorbido en el servicio del mundo lo que salva a los hombres y al mundo, sino que es el arraigo en su origen divino. Sólo una vida así nos está permitida y tiene sentido, una vida que se deja determinar y plasmar por la fe, y sólo esta fe cuenta y es responsable del hecho que se encarna y se representa en la vida. El aspecto externo de la existencia cristiana integral lo llamamos cultura.

## **Cultura del Domingo**

El cristiano, en el interés de la misma tierra, es abogado del cielo. Por esto ora diariamente: «*Como en el cielo, así en la tierra*». Cristo no es un administrador eclesiástico de terrenos, sino que es el Señor del mundo, el Señor de Europa. Sería, por tanto, de hecho herético para los cristianos, para los hombres y las

mujeres de la Iglesia, estar sin compasión y sin ayuda activa por todo aquello que formalmente no es la Iglesia. La herejía monofisita se mueve como un fantasma en todas las épocas cristianas. En ella cae quien intenta separar el espíritu de la carne, la Iglesia del mundo, Dios del hombre, el «Cultus» de la cultura y viceversa. Separar la Cultura del Cultus significaría degradar la cultura hacia una forma sin contenido. No dejar fecundar el culto en la cultura significaría dejar degenerar el culto en espectáculo, lo que nos muestra, de manera particular en Europa, la lucha por mantener el Domingo y por el respeto de la santificación del domingo.

El Domingo, está fundado y arraigado en el orden de la creación. El hombre debe y puede participar de la soberanía y de la libertad de Dios. No está inmerso en mecanismos de la vida como lo está el animal. El hombre puede retirarse. No debe diariamente revolver el terreno como un topo. Como imagen de Dios se puede retirar de los fines y de las necesidades de la vida al menos una vez a la semana para participar en la espléndida libertad de los hijos de Dios. Esto lo relaja y lo descarga. Pero la construcción de máquinas y la organización de las empresas de producción que no hacen posible esto, trastornan el orden de la creación. Aquí, en este contexto el hombre viene totalmente instrumentalizado y por tanto «des-sacralizado» y «des-culturizado». Se convierte finalmente en un mero medio. Como Dios ha creado una multiplicidad de hombres, la santificación del domingo es posible sólo como actividad común. Por lo tanto, toda la cultura de la familia y de los otros grupos sociales vive esencialmente del domingo. En la sabiduría hebrea de los proverbios se dice: El sábado ha mantenido a Israel más que Israel al sábado». También nosotros con pleno derecho podemos decir: El domingo ha mantenido a los cristianos, más que los cristianos al domingo.

La cultura de la vida, en el así llamado Occidente cristiano se ha desarrollado esencialmente por la cultura del domingo. La preocupación por sostener el domingo cristiano es una preocupación por mantener la cultura cristiana que ante todo hace digna de ser vivida la vida de los hombres. Una cultura cristiana no es un lujo espiritual que los cristianos se pueden conceder en los tiempos de bienestar, pero a la que deben renunciar en los tiempos de necesidad. La cultura cristiana es la consecuencia evidente de la fe cristiana, en el centro de la cual se encuentra el misterio de la Encarnación.

(Français)

**Le Cardinal Joachim Meisner** expose à partir du mystère de l'Incarnation comment le christianisme doit être une source de culture humaine. Le Christ n'est pas concevable sans son corps, l'Eglise; semblablement le monde humain a besoin de s'ouvrir lui-même à la transcendance. La foi et la vie ont besoin de former une unité, et pareillement la culture est profondément liée au culte. Là où cette relation s'effondre, la culture devient purement formelle et le culte un simple spectacle.

(English)

**Cardinal Joachim Meisner** explains from the mystery of Incarnation how Christianity has to be a source of human culture. Christ cannot be conceived without his body, the Church; similarly, the human world needs to open itself to transcendence. Faith and life need to form a unity, and likewise culture is deeply linked with cult. Where this relationship fails, culture becomes an empty form, and cult a mere spectacle.

Publicado en *Culturas y Fe* 3/1994